

1912: la cábala resistente de la nación criolla

Manuel Cuesta Morúa

Historiador y politólogo

Portavoz del *Partido Arco Progresista*

Coordinador Nacional *Plataforma Nuevo País*

Miembro de *Comité Ciudadanos por la*

Integración Racial (CIR)

La Habana, Cuba

Cuba viene retrocediendo a 1912. Es un dato repetido, pero muy poco tratado. A mí me parece que el asunto clave para entender el modelo de nación que tenemos, tanto en sus momentos de crisis como en su capacidad de consolidación, pasa por el modo en que las élites cubanas tratan el problema de inserción de la diferencia, del otro racial y cultural.

1912 es la cábala para entender y descifrar lo que constituye la crisis permanente de ese modelo de nación. Un misterio cultural que esta fecha esconde y puede explicar, para quien la descifre, la disfuncionalidad, los retrasos culturales, la atrofia del modelo político y los desfases que ha venido experimentando la sociedad cubana en muchos de sus ámbitos y algunos ámbitos respecto a otros.

El misterio no es religioso en ninguna de sus variantes confesionales o místicas. Asumo aquí el sentido de lo misterioso en su acepción técnica de incomprendión y desconocimiento esencial de las coordenadas y pautas sociales y culturales que, sin embargo, determinan nuestra vida y convivencia. De modo que si

el misterio de Dios nunca puede ser develado, sí puede serlo el misterio de lo social. En este sentido 1912 se me hace recurrente, al constituir esa clase de misterio al que pocos se acercan para mostrarlo en su etiología y perfil.

Considero que hacerlo es fundamental para provocar esa abreacción que, siguiendo a Sigmund Freud, resulta imprescindible a personas y culturas deseosas de abrirse en todas sus potencialidades. Podríamos fácilmente entender, a la altura de los conocimientos actuales, que las pesadillas son los efectos nocturnos de la represión y auto represión que neutralizan por excelencia la posibilidad del futuro como coherencia y bienestar. Abrir el núcleo de lo racial desde el 1912 a la visibilidad y crítica sociales, reestructura el imaginario de lo cubano y refundamenta, a partir de la cultura, nuestro proyecto de nación.

Se necesita desde luego, en la develación del misterio, una confluencia creativa de disciplinas que permitan revelar lo oculto y desatar el camino a partir de enfoques y fuentes diversos. El acercamiento histórico y mediático, si bien necesario como apertura y ruptura

del tabú, no es suficiente y puede ser equívoco para la tarea.

El problema con el enfoque histórico es que casi nunca pone en cuestión los fundamentos de su disciplina y no tiene cómo llenar el silencio de las fuentes ausentes o ilegibles con los métodos tradicionalmente auxiliares. Por eso dos libros tan diferentes como *La Conspiración de los Iguales*, de Rolando Rodríguez, y *La Guerrita del 12*, de Rafael Fermoselle, comparten la misma insuficiencia de no poder explicar nada importante, a pesar de ofrecer datos desconocidos y no obstante la fascinación que provocan las historias que no han sido suficientemente contadas.

El enfoque mediático, por su parte, puede crear la ilusión pública de que se está hablando de algo, cuando en realidad no se está hablando de nada; más bien se está ocultando lo esencial. El periodismo es muy bueno e imprescindible para el enfoque crítico del presente, pero cuando habla del pasado puede resultar un desastre, porque le falta la perspectiva crítica sobre los fundamentos más raigales de la sociedad desde la que habla. Se necesitan periodistas muy perceptivos para atajar estos escollos naturales, y esos periodistas no abundan; menos en sociedades cerradas.

Una de las perspectivas que posibilita penetrar los misterios, es la cultural. El modo en que las pautas de pensamiento, mentalidad y comportamiento modelan las circunstancias y se resisten a que las circunstancias los modulen. La historia de las mentalidades ayudaría en esta dirección, pero dada nuestra inmadurez cultural, esta no cuenta con desarrollo en Cuba.

Sobre aquella perspectiva cultural, limitada por demás, me situó a la hora de tratar de penetrar lo que creo es nuestra única cábala histórica-cultural. En esta dirección sucede algo diferente a lo que nos enseñan la teoría

evolucionista y la visión teleológica de la historia: es el presente el que nos ayuda a entender el pasado, haciéndonos excluir: ¡si así es hoy, cómo no habrá sido ayer!

Esta realidad cultural profunda está presente, como debería resultar lógico, aunque sin la debida revisión crítica de sus postulados, en la posición defensiva que asumen la intelectualidad y prensa orgánicas cuando ya no pueden negar la existencia del racismo y de sus consecuencias en Cuba. Culpan a la costra resistente de la cultura, sin asumir la culpa por su propia percepción del proceso cultural, como si en medio de su desarrollo se pudieran separar cultura y sujeto.

¿No es la intelectualidad el sujeto más activo de esa costra? ¿Y cuáles son, mirados parcialmente, los núcleos de esa cábala resistente que es en sí mismo el 1912? La mentalidad con la que el poder mira al sujeto negro en tiempos de crisis, el derecho que se auto otorga de definirle un lugar límite y de contención en medio de la desestructuración del modelo, los recursos políticos, sociales e intelectuales que despliega para neutralizar su autonomía y el tratamiento que le da a sus resistencias.

No sin contradicción, porque cuando la defensa del poder entra en disonancia con las exigencias más profundas de una sociedad, se muestran las contorsiones y malabares de las élites tanto en su incapacidad conceptual como en el patetismo y la ridiculez de sus gestos y acciones.

Como cábala, 1912 tiene la poderosa capacidad, aún en todo su misterio, de demostrar que el modelo de nación diseñado para Cuba no sirve para gestionar sus esencias, componentes y heterodoxias. La prueba está en que nuestras élites nunca responden a las crisis con una apertura interior al debate y al reajuste, sino con la represión y la escolástica intelectual. La mediocridad sempiterna de

lo político en Cuba, que asombra a todos los observadores y apologistas de la inteligencia y perspicacia cubanas, hunde sus raíces en estos recursos defensivos del poder criollo que, con las excepciones debidas, han determinado nuestra falta de visión de país y de Estado.

Empecemos con la mentalidad con la que el poder visiona al sujeto negro en tiempos de crisis. Se le trata como un advenedizo y extraño, cuya acción autónoma puede dañar el sentido de unidad. ¿Cuál sentido? Hay una amenaza a la unidad que puede provenir del exterior. Sin embargo, solo puede constituir una amenaza al poder político, no a la hegemonía cultural. No genera más preocupación que la que provocaría la pérdida de control al interior de una misma élite.

Pero hay una amenaza a la unidad invocada para afianzar simbólicamente la hegemonía cultural, que proviene de los que están o se consideran fuera de las pautas modeladoras. Esta amenaza no aflora en tiempos que llamariamos normales, cuando las bases mismas de esta hegemonía no han acumulado la cantidad crítica de fallas estructurales como para que las grietas se hagan visibles. Desde el momento en que esto sucede, se dispara el sentido de conservación y se afinan las defensas frente a la eminencia de los otros sujetos que, desde su quietud, marginalidad, silencio y otredad han permitido la circulación tranquila de los artificios sobre los que se ha levantado esa hegemonía cultural.

En tiempos de crisis, estos artificios muestran toda su artificialidad de dos maneras: como creación cultural propiamente humana (sin los artificios de la cultura no habría civilización) y como forzamiento de la realidad cultural sobre la que se levantan. Este encuadramiento forzado de la hegemonía criolla es el origen del permanente estado de crisis de nuestro proyecto de nación. En el he-

misferio occidental, Cuba es el único país donde todavía existe, en pleno siglo XXI, una viva discusión sobre el ser cubano, como resultado de la inseguridad de un modelo artificial y ya agotado.

¿Qué es el sujeto negro en tiempos en que esa crisis permanente se hace más visible? Hoy, como ayer, es alguien de fuera que debe guardar silencio. Alguien que, abdicando de las pautas del poder y de los conceptos en cuya definición no ha participado, se refugia en su ancestralidad, hurta en la marginalidad, se queda a la espera pasiva del reajuste de la crisis u organiza sus protestas o resistencias periféricas. Es un ser extraño que no “comprende” ni es comprendido y de quien se afirma carece de la capacidad, recursos e instrumentos que podrían aportar a la solución de la crisis. Lo cual es verdad si se trata de solucionarla al interior del mismo modelo que la provoca.

El sujeto negro es reducible así a una triple condición que se presupone ajena a los fundamentos del proyecto de nación o sociedad: un sujeto holísticamente religioso, socialmente marginal y culturalmente folclórico. Ni la religión del sujeto negro ni sus recursos de supervivencia marginal ni su estética poseen la virtualidad o los contenidos en los que se puedan leer y escrutar soluciones para la crisis. Santero, marginal y bailador. ¿Puede un sujeto así elevarse a los desafíos de un proyecto de nación?. Esa es la pregunta clásica de la hegemonía criolla detrás de la cábala de 1912. Una pregunta que se repite y acentúa en todos los niveles y de múltiples formas mientras más profunda es la crisis.

La percepción y la crisis crean una relación cada vez más viciosa y una sustitución impostada del par causa-efecto. Para la hegemonía criolla, las causas de la crisis nunca son estructurales –el pensamiento escolástico no es introspectivo– sino sociales. El efecto social

de la crisis sustituye como causa a los problemas estructurales que realmente la provocan, produciéndose la constante exportación de la crisis, sus causas y sus efectos. Y para una estructura de pensamiento tan simple como la criolla, las fallas nunca nacen en la base del modelo, sino en el comportamiento de los sujetos. Es un pensamiento culpable, pero no responsable, que tiende siempre a exportar la culpa.

El sujeto negro es visto así como culpable, tanto de su situación como de la crisis general.

Semejante derecho monopólico a la visión del otro se traduce en un igual derecho a determinarle un lugar límite y de contención al sujeto negro. ¿Cuál? Veamos la siguiente paradoja. En el discurso mental –pocas personas tienen el coraje de culparle dentro del discurso retórico– el sujeto negro es responsable de la crisis, porque en vez de trabajar, estudiar, participar y pensar se dedica al rito religioso, al baile y al comportamiento marginal como modelo y modo de vida, excepción hecha del tercio ilustrado de personas negras que, en tiempos de crisis, asumen la misión de defender, cada quien en su campo, el fundamento y la espiríte del modelo que estructuralmente segregá a los dos tercios restantes: el modelo criollo.

Paradójicamente los espacios del baile, la religiosidad y la marginalidad son los que el pensamiento criollo destina para ese mismo sujeto negro cuando se agotan los recursos de integración del modelo. De este recurso escolástico surgen la tolerancia española y católica con la etnografía, aunque no con la antropología, de los negros y negras esclavos en la etapa colonial. También la idea del racismo débil en tanto no hay segregación.

La proliferación de fiestas populares y termos industriales de cerveza y ron, popu-

larmente conocidos como pipas, en épocas de crisis que por demás demandarían austeridad y poco gasto sumptuoso, responden a esa metodología criolla de perfilar los espacios de reproducción y contención del sujeto negro para alejarlo del debate fundamental sobre las opciones de salida a la crisis y los fundamentos del modelo. Aquí hay algo más que el pan y el circo romanos. En Roma, los pretores, el emperador y el senado definen el circo y el pan y una forma de participar del convite, mientras que frente al sujeto negro, la élite criolla explota los rasgos de la “etnia” para encapsularlos en tiempos de crisis. A distancia del etnos.

Semejante paradoja: emplear las supuestas causas de la crisis como espacios para contener lo que en realidad son sus efectos, refleja una perversión antológica y ontológica de lo político en Cuba, que tiene como resultado 1912: la demonización del sujeto negro va pareja al uso de los supuestos demonios para limitarlo y contenerlo. Este es el núcleo raigal de 1912: una mentalidad, más que un acontecimiento histórico.

Lugar para el límite y la contención que pasan a convertirse, de expresiones de la cultura, en políticas públicas: en recursos políticos, sociales e intelectuales desplegados para neutralizar su autonomía. Espacio y recursos confluyen. El espacio es el recurso. Fiesta, religiosidad y marginalidad son espacios construidos tanto por la cultura como por el tipo de reacción histórica de la élite a la otredad. Son al mismo tiempo recursos del poder: el ofrecimiento de la fiesta, de la religión y de la marginalidad para controlar los efectos de la autonomía. Se puede bailar, no trasladar la flexibilidad del cuerpo y la soltura gestual al comportamiento cívico; se puede adorar a los propios santos, no forjar el imaginario cívico, social y político a partir de la tolerancia propia de la religión que se profesa; se puede

delinquir, pero hasta cierto punto y sin cuestionar los fundamentos del poder. En la marginalidad también se pueden ofrecer buenos servicios al Estado.

Queda un elemento dentro de este núcleo conductual de 1912: el tratamiento que la élite da a las resistencias del sujeto negro. El eje de este tratamiento es la represión racializada. Entendámosla como un plus conceptual y de intensidad en la marginación de la otredad por el Estado y sus instituciones punitivas y culturales en todos los ámbitos: policial, intelectual, social y político. Los ejemplos sobran y el objetivo es el mismo: impedir la toma del poder de la otredad, primero sobre sí mismo

y luego sobre las definiciones del modelo de nación.

En este sentido tenemos un 1912 cotidiano. En el día a día hay una política pública asentada sobre el concepto y la desestructuración de las resistencias sean espontáneas u organizadas de esa otredad. Para ello, el sujeto negro se convierte también en enemigo del sujeto negro. El éxito más claro de modelo criollo que constantemente amenaza con un 1912, no solo como historia diaria de vida, el dato que forma parte de millones de biografías negras en Cuba, sino como acontecimiento puntual, terrible y estremecedor para la actualización del poder.